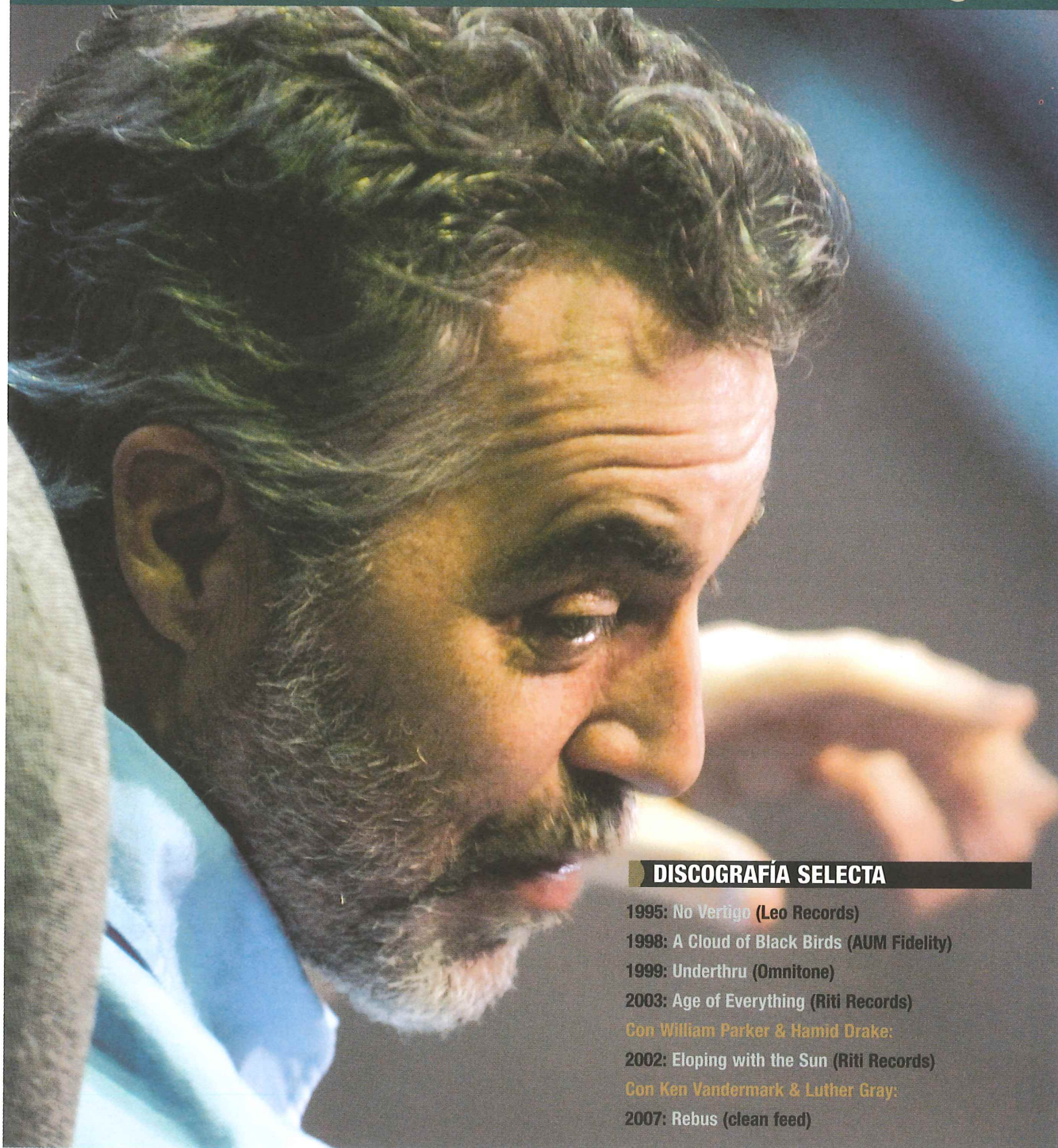


Joe Morris

Hay que mirar a los pájaros negros



DISCOGRAFÍA SELECTA

- 1995: No Vertigo (Leo Records)
- 1998: A Cloud of Black Birds (AUM Fidelity)
- 1999: Underthru (Omnitone)
- 2003: Age of Everything (Riti Records)
- Con William Parker & Hamid Drake:
- 2002: Eloping with the Sun (Riti Records)
- Con Ken Vandermark & Luther Gray:
- 2007: Rebus (clean feed)

Joe Morris es uno de los guitarristas más influyentes y mejor preparados que hay en la actualidad (así lo consideró la revista *Down Beat* hace unos años). Aunque su carrera se ha movido dentro de las sendas del free y de la improvisación más radical, cualquiera que lo haya escuchado se habrá apercibido de la cantidad de referencias que emanan de su música y de su toque, referencias que van del blues a distintas músicas tradicionales.

La historia con la que empieza trae a la mente a esos “golfos” que en las novelas de Dennis Lehane vagan por la degradada, húmeda e inhóspita zona norte de Boston. “La guitarra me salvó la vida. Con 14 años, yo era un delincuente adolescente. No iba nunca a la escuela y siempre andaba metido en líos. Realmente, no tenía ninguna clase de educación. Al final terminé en una de esas escuelas especiales para chicos con problemas”.

Rememora este episodio y su superación en unas cálidas notas que escribió para la carpetilla de su disco *A Cloud of Black Birds* (y que recomendando leer y escuchar, respectivamente). “Cuando regresé de aquel reformatorio me metí a fondo con la guitarra. Al tiempo que empezaba a tocarla, también empezaba a aprender otras cosas, a saber ser autodidacto. La guitarra me enseñó disciplina y al final me cambió como persona. De lo contrario, probablemente hubiera terminado en la cárcel. Y los vecinos de mi viejo barrio lo saben muy bien. La gente me preguntaba, sorprendida, qué estaba haciendo. Practico con la guitarra, decía. Y así era. Empezé tocando rock y blues. Primero aprendí todo Hendrix, luego me puse con McLaughlin...”.

“Recuerdo que llegué a tener un profesor de guitarra, pero sólo aguanté seis lecciones con él. Yo ya estaba interesado en el último Coltrane, por ejemplo, y así se lo hice saber. El profesor me contestó que no le gustaba el ‘sonido negro’, así que de inmediato pensé, se han acabado las lecciones. Aprenderé por mi cuenta”. Y es que, a

mediados de los 70, costaba encontrar un referente de guitarrista free. “Cuando tenía 19 años, no había prácticamente nadie que hiciera esas cosas, salvo, quizás, Sonny Sharrock. Tenías un Montgomery, un Hendrix, o un McLaughlin pero, ¿dónde estaban los Ornette y los Cecil Taylor de la guitarra? Eso, el hecho de que nadie pudiera enseñarme lo que yo quería aprender, me empujó a hacerlo por mí mismo”. Y, en este sentido, Morris, que actualmente da clases en el Conservatorio de Nueva Inglaterra y en la Universidad de Harvard, sigue teniendo muy presente su experiencia. “A mis alumnos les habló de cosas como la estética de la música improvisada o la relación entre la antigua música de cuerda del África Occidental con la guitarra de blues, sí, pero también les digo que a improvisar no les va a enseñar nadie. Lo han de hacer por sí mismos”.

El de Boston es un gran aficionado a los instrumentos de cuerda y ha explorado las raíces del blues en el África Occidental. “Al contrario de lo que pasa con otras músicas y culturas, que son un tanto exclusivas, la africana, como el jazz, es tremendamente inclusiva. Tiene una gran capacidad de asimilar cosas. Así que si te lo tomas en serio, es relativamente fácil, puedes tocar y hacerlo bien”. Aunque a mucha gente no se lo parezca, Morris es un tipo que guarda un gran respeto por la tradición jazzística. “Yo soy la segunda generación que toca jazz en mi familia. Mi padre era baterista. Eso es lo que siempre hemos hecho y el ritmo es con lo que trabajamos”. Esta actitud cuadra perfectamente con la persona y explicaría al artista: severidad, autoexi-

gencia y oficio. Morris, además y en consonancia con esto, es muy crítico con ciertos experimentalismos. “No vale cualquier cosa. Se conceptualiza demasiado y eso no basta. Hay que conocer muy bien el lenguaje musical. Realizar una buena improvisación con otros músicos no es una cuestión de concepto sino de conocimiento”.

En los últimos años, Morris ha adoptado el contrabajo como segundo instrumento. “Necesitaba un cambio, y el contrabajo ha sido como una puerta abierta que me ha permitido participar en cosas muy distintas. La guitarra me obliga a hacer cosas más específicas, el bajo es más abierto”. Como contrabajista ha participado o participa en proyectos de Matthew Shipp, Ken Vandermark, Roy Campbell, Dennis González, Whit Dickey o Steve Lantner, además de en algunos propios. Por ejemplo, el que vino a presentar en Barcelona (y del que hizo un adelanto el pasado otoño en el Festival Periferias), *Go Go Mambo. Un saludo a Pérez Prado*. “Cuando comencé con el contrabajo enseguida me interesó alguien como Cachao”. Le pregunto si ve al cubano como parte de ese puente musical entre África y América del que a veces habla. “Desde luego. Desde muy joven siempre me han gustado las músicas con mucho ritmo y la afrocubana es especialmente auténtica. Es una música que me hace sentir muy bien y que, además, me hace pensar en gente como Sonny Clark o Art Blakey. No recuerdo si había escuchado a Pérez Prado de pequeño pero cuando Sergio Merino me propuso esto y me puso su música, me dije, por qué no, hagámoslo”.